

Conferencia del Doctor John Perman

Traducción: Ph.D..Hc. Mg. Marco Vinicio Gutiérrez Casas*

Era un día frío, pero claro, el miércoles 24 de mayo de 1995.

Sudáfrica había sido una democracia durante un año y 28 días, con Nelson Mandela su presidente —no mucho tiempo cuando usted considera que el Apartheid había durado casi treinta y cinco años—. El propio Mandela había sido un hombre libre por poco más de cinco años.

Mientras el helicóptero militar de Mandela subía al cielo de Ciudad del Cabo y se dirigía hacia el sur en su corto vuelo, podría haber mirado hacia el norte en la isla que había sido su casa de prisión durante 27 años. Pero el primer presidente de una Sudáfrica libre en ese día estaba mirando hacia adelante no de vuelta.

Hablando a otros líderes del Congreso Nacional Africano, el principal movimiento de liberación del país y ahora su gobierno, Mandela había ofrecido este consejo. Al hablar con los afrikaners, la gente que había proporcionado el liderazgo político para la dominación blanca, él había sugerido que se dirigieran a ellos primero con algunas palabras en su lengua, Afrikaans: “que no se dirigieran a sus mentes”, sino a sus corazones.

Ahora, en este último día de otoño, Nelson Mandela estaba en su camino para hacer precisamente eso. Sudáfrica acogería la Copa Mundial de Rugby de 1995, un torneo celebrado cada cuatro años del cual el país había sido excluido debido a la política de Apartheid.

* marcov.gutierrezc@unilibrebog.edu.co

Esto era consistente con una prohibición mundial que más de 30 años que había tenido a Sudáfrica vetada de los Juegos Olímpicos (desde 1960), la Copa Mundial de la FIFA y expulsado de la competencia internacional en casi todos los deportes.

No era sólo deporte, el aislamiento por el Apartheid de Sudáfrica se hacía más intenso con cada mes que pasaba, en todos los niveles. Había aislamiento económico: embargos de petróleo, boicots de fruta y vino sudafricanos, retirada de capital financiero y empresas, como General Motors que abandonaban el país. Fue cultural: no se presenten en Sudáfrica, no den la bienvenida a sus artistas. Fue eficaz.

Pero ese día de mayo, una Sudáfrica democrática fue nuevamente bienvenida. El equipo nacional, los Springboks, jugaría el primer partido de la Copa Mundial de Rugby 1995 al día siguiente contra el campeón defensor Australia. Nelson Mandela decidió que le haría una visita al equipo.

Se podría pensar que algo como esto no era nada para resaltar, nada especial. El equipo nacional en un deporte popular está a punto de jugar un gran partido. El presidente del país se acerca para desearles buena suerte. Las cámaras de televisión giran, los fotógrafos hacen clic, los periodistas toman notas y todo el mundo sonríe. ¿Y qué?

Pero esto era Sudáfrica, 1995, una nueva nación con viejos y amargos recuerdos. Y el rugby no era cualquier juego.

Para poner esto en contexto déjeme decir algo sobre el Apartheid. En su forma más obvia, era un sistema de discriminación racial. Había un estándar de escuelas, hospitales, casas para los negros. Otra norma garantizaba que los blancos de Sudáfrica obtendrían mucho más y mucho mejor, en todos los ámbitos de la vida.

Pero fundamentalmente se trataba de algo más que la separación social. Era en su corazón un sistema de despojo de tierras y explotación de mano de obra barata que fue creada y garantizada a punta de cañón. Se reservaban buenos empleos para los blancos, los negros hacían el trabajo pesado en las minas y fábricas, en las carreteras y en las granjas. Y sus salarios y su capacidad para crear riqueza siempre se mantenían estrechamente controlados, de modo que trabajar para salir de la dependencia de este sistema era casi imposible. Apartheid fue diseñado para dejar a los negros sudafricanos empobrecidos. Pero más que eso, estaba calculado para dejarlos espiritualmente desmoralizados. Su efecto más perjudicial fue dejarlos reducidos como individuos, subyugados y oprimidos en el núcleo de su ser. El deporte no sólo era un espejo de este sistema, sino que también contribuía a reforzarlo.

Había segregación en el deporte y cuando tienes eso siempre tienes discriminación. Los blancos —menos del 20 por ciento de la población— tenían acceso exclusivo al 73 por ciento de todas las pistas atléticas, 92 por ciento de todos los campos de golf, 83 por ciento de todos los campos deportivos, 83% de las piscinas. Podría seguir y seguir.

Hubo cierta apertura de puertas, alguna inclusión de atletas negros y deportistas en el deporte tradicional. Pero lo que parecía ser oportunidad y liberalización llevaba un mensaje

que era fundamentalmente cruel: este es nuestro dinero, nuestro deporte —cuando usted visita los campos más verdes de la tierra donde nació, no lo hace como un derecho. Se le permite jugar aquí porque nosotros, la Sudáfrica blanca, le dejamos entrar— y podemos sacarlo otra vez. Si los atletas negros temporalmente privilegiados pensaban que la vida estaba cambiando para ellos, sólo tenían que regresar a casa a sus familias y comunidades para recordarles que la realidad del Apartheid todavía estaba en su lugar.

Y, entonces, debo decir algo sobre el rugby. El blanco sudafricano amaba muchos deportes, pero este magnífico juego de la velocidad y el músculo y el valor físico crudo fue el juego que más representó su esencia y su sentido de la virilidad y el poder. Era un deporte en el que podían, justificadamente, proclamarse como uno de los mejores del mundo.

Y a medida que el aislamiento deportivo del país se profundizó —a principios de la década de 1980—, ningún otro país estaba dispuesto a jugar con el equipo de Sudáfrica —los Springboks—. El rugby comenzó a representar el desafío de un pueblo que se negó a aceptar que el Apartheid era malo. Este hermoso juego se distorsionó en la mente de muchas personas blancas. Cada vez que ganaban en este deporte podían mostrar un mundo cada vez más hostil, en combate cuerpo a cuerpo, y no les importaba lo que otras naciones pensaban de ellos.

Los negros también jugaban rugby, especialmente en la región del Cabo Oriental, donde Nelson Mandela creció y donde el Congreso Nacional Africano fue más fuerte. Su exclusión de las instalaciones y los equipos nacionales del deporte que amaban se profundizaba y no se sentían de humor para perdonar. Querían ver el castigo del rugby blanco y ponerlo en su lugar. El juego era un símbolo de una cosa para los sudafricanos blancos —y un símbolo igual

pero opuesto para la gente negra con la arrogancia del opresor—.

Y luego, llegó Nelson Mandela con este pensamiento. Él dijo: “El deporte tiene el poder de cambiar el mundo. Tiene el poder de inspirar. Tiene el poder de unir a la gente de una manera en que otras pocas lo hace. Habla a los jóvenes en un idioma que ellos entienden. El deporte puede crear esperanza donde una vez sólo había desesperación. Es más poderoso que el gobierno para romper las barreras raciales. Se ríe ante todo tipo de desesperación

Los compañeros de Mandela también tenían algunas ideas sobre el deporte y la política —más estratégica que espiritual—. El ANC, desbloqueado en 1990, llevaba algún tiempo usando el deporte para socavar la solidez de la clase dominante blanca.

En 1990 el aislamiento deportivo del apartheid de Sudáfrica estaba casi completo. Pero a partir de los inicios de los años 90 el (congreso nacional africano) ANC utilizó muy hábilmente la promesa de un retorno al deporte internacional para neutralizar algunos de los miedos sobre cambio político sostenido fuertemente por los blancos sudafricanos. Estaban dispuestos a hacer concesiones al deporte antes de que se llegara a un acuerdo político definitivo.

Necesitaban hacer esto. Después de que todos los blancos todavía monopolizaban el poder militar y económico y que incluían en sus cifras organizaciones de derecha capaces de una gran violencia.

Y así, el equipo nacional de cricket viajó por la India en 1992 y participó en la Copa Mundial de ese deporte el mismo año. Sudáfrica regresó a los Juegos Olímpicos de Barcelona con un equipo blanco de 95 por ciento - 25 jóvenes atletas negros participaron en el desfile de la ceremonia de apertura, pero no compitieron. Nuestro equipo de fútbol anfitrión Camerún y el rugby —frente a la fuerte oposición— se le dio la oportunidad de albergar a los mejores rivales de los Springboks de los All Blacks de Nueva Zelanda.

El juego, en agosto de 1992, no pudo haber llegado en peor momento. Las conversaciones de paz para poner fin al apartheid y la guerra civil de Sudáfrica se habían derrumbado después de que 45 personas fueran masacradas por la violencia política. Esto ocurrió en una comunidad llamada Boipatong cerca de Johannesburgo, el lugar para el partido de rugby.

El ANC —tras un intenso debate interno— acordó que el partido en el estadio Ellis Park debería continuar con tres condiciones. No debe haber ninguna exhibición de la vieja bandera, el blanco

anaranjado y azul del apartheid Sudafricano. Ningún canto del himno de la era del apartheid. Y debe haber un minuto de silencio por los muertos de Boipatong y todas las demás víctimas de la violencia política.

En ese día había banderas blancas anaranjadas y azules dondequiera que usted podría ver. El viejo himno se cantó con una pasión y una fuerza nunca antes oída. Y el minuto de silencio fue violado y destruido con una explosión de abucheos y abusos.

Los hombres que dirigían el rugby sudafricano eran totalmente indolentes. Y así, en 1995, muchos negros se preguntaban ¿por qué Nelson Mandela estaba abriendo sus brazos a estas personas, que le habían escupido tan ferozmente en la cara?

Pero lo hizo y los dioses del rugby sonrieron ante su audacia. Sudáfrica —que no tuvo ninguna posibilidad al comienzo del torneo— venció a Australia y ganó el resto de sus partidos de grupo. Ganaron en los cuartos de final y triunfaron en una dramática semifinal contra Francia. La dirección del equipo había acuñado el lema UN EQUIPO - UN PAÍS: *One Team - One Country*. Y estaba teniendo acogida —sobre todo porque la gente ama a los ganadores—.

Y así sucesivamente el 24 de junio de 1995, Nelson Mandela regresó a Ellis Park para la final de la Copa del Mundo de rugby. El juego fue Sudáfrica contra Nueva Zelanda, el equivalente de rugby de Mohammed Ali vs Joe Frazier, la mayor rivalidad en el deporte

Mientras los jugadores sudafricanos se preparaban, llamaron a la puerta. Nelson Mandela había venido para desearles buena suerte —y llevaba la camiseta verde y amarilla número 6 del capitán del equipo, Francois Pienaar—. Y justo antes del saque inicial, salió al campo para saludar a los equipos y a la multitud.

Estuve allí ese día, cerca del campo, pero no trataré de describirlo. Vamos a verlo juntos.

Un día extraordinario había comenzado con Nelson Mandela que propiciaba un estado de ánimo e inspiraba al equipo. Regresó para terminar lo que había empezado.

Las celebraciones del día se estaban transformando y continuaron en la noche.

Y la sensación de celebración nacional se intensificó la semana siguiente cuando el equipo viajó a Johannesburgo con el trofeo de la Copa del Mundo.

Lo llamamos la magia de Mandela. En realidad, Nelson Mandela había comenzado a rociar su polvo mágico sobre hombres y mujeres deportistas más de un año antes de la Copa Mundial de Rugby.

El día de su toma de posesión presidencial en 1994, después de haber sido juramentado como el primer presidente democráticamente elegido de Sudáfrica, las celebraciones incluyeron un partido de fútbol en contra de nuestros más fuertes rivales de África meridional, Zambia. El lugar fue una vez más Ellis Park en Johannesburgo. Yo solía ser un comentarista de fútbol en aquellos días y yo tenía el privilegio de estar haciendo el juego ese día.

La primera mitad mostró por qué Sudáfrica nunca había vencido a Zambia. Ni siquiera nos parecía que anotara. Y luego Mandela salió al campo para saludar a ambos equipos. El medio tiempo tardó casi 30 minutos - el Presidente parecía tener una palabra personal para todos. No sé cuánto tiempo le tomó a Mandela regresar a su asiento, pero esperaba que fuera rápido. En dos minutos Sudáfrica había anotado dos veces y el partido fue ganado.

Todos los equipos deportivos sudafricanos se reunieron con Mandela antes de salir a competir y a veces volvieron a mostrarle sus medallas. Al igual que los olímpicos de 1996 que regresaron de Atlanta con cinco, tres de ellas de oro, una de ellas de Josiah Thugwane, que creció en la pobreza rural bajo el apartheid y corrió la carrera de su vida para ganar el maratón. En el mismo año organizamos la Copa Africana de Naciones, el equivalente de la Copa América. Cuando Sudáfrica llegó a la final, era hora de que Mandela hiciera lo suyo otra vez, esta vez para el deporte más apreciado por los sudafricanos negros.

En los primeros años de la democracia, los sudafricanos utilizaban bastante la palabra “milagro”. Y cuando los líderes y la gente común en otras partes del mundo hablaban de nosotros usaban esa palabra con gran regularidad también.

No fue accidental. Hubo la primera elección democrática de 1994 - tres días de paciencia y orgullo donde la gente hizo fila durante horas en el calor para votar, la gran mayoría por primera vez.

Estaba el simple pero profundo hecho de que el apartheid ya no era la ley de la tierra. Se dio la Copa de Naciones y se dio la Copa del Mundo de rugby

Parecía que no había nada que Mandela no pudiera hacer. Y cuando tienes un

presidente como ese, el optimismo se extiende y la gente empieza a pensar que puede ser cierto también. En los primeros años eufóricos de la presidencia de Mandela, creíamos que, si habíamos podido hacer que estas cosas sucedieran, podríamos hacer cualquier cosa. Crecer la economía y compartir su riqueza. Construir casas y escuelas. Sanar las profundas y amargas divisiones entre la raza y la clase, y lanzar a nuestros hijos en el camino hacia un futuro libre de prejuicios.

Pero los milagros no transforman las sociedades. Lo que hacen es crear espacio, inspiración e ideas, y algún tiempo - no mucho de él - para hacer el trabajo duro que representa un cambio real. Para los amantes del fútbol en la audiencia, ese juego mucho más difícil se gana en el centro del campo. Los milagros finalmente se agotan, como deben hacerlo. El universo, o el Ser Supremo -algo que sea verdadero en tu visión del mundo- tiene otros países y otros pueblos para bendecir con oportunidad.

La exitosa transición de Sudáfrica a la democracia, y de una manera diferente la Copa del Mundo de rugby, demostró que teníamos lo que se necesita para tener éxito. La gran pregunta, sin embargo, fue ¿sabíamos cómo aprovechar ese éxito?

Con referencia al deporte, y la Copa del Mundo de Rugby 1995 en particular, permítanme que rompa esa gran pregunta en tres:

- ¿La energía extraordinaria creada por este evento cambió para mejor la forma en que se dirigía el deporte, especialmente con respecto a corregir desigualdades de clase y raza?
- ¿La unidad de 1995 ayudó a construir puentes entre negros sudafricanos y blancos que nos ayudarían con los debates mucho más difíciles que se necesitaban si queríamos construir justicia económica y social?
- ¿Y los sudafricanos aprendieron algo de esa Copa del Mundo que pudiera guiarnos para hacer frente a los muchos enormes desafíos que quedaron como legado del apartheid?

Permítanme empezar con el deporte, y con el rugby. Se podría pensar que cuando un país que es abrumadoramente negro lleva a su corazón a un equipo con 29 jugadores blancos y sólo un negro, ese deporte sentiría una poderosa responsabilidad para pagar esa confianza. Una obligación de empezar a contribuir a la construcción de una nueva sociedad.

De hecho, sucedió lo contrario. A los seis meses de la final de la Copa Mundial, los cuatro líderes que habían logrado el triunfo de Sudáfrica, entre ellos el entrenador, el manager y el capitán Francois Pienaar habían sido despedidos. Y poco después, el presidente del rugby sudafricano Louis Luyt, que había estado radiante junto a Mandela en Ellis Park, anunció que llevaría al presidente del país a la corte. Lo hizo para tratar de impedir que el presidente estableciera una comisión de investigación sobre la corrupción y el racismo en el deporte. No tuvo éxito.

A lo largo de los años hubo otros deportes que lo hicieron mejor al superar las desigualdades y combatir el racismo en sus propias filas. Ha habido algunas iniciativas deportivas

de base, excelentes y destacados jóvenes talentos negros han surgido de estos programas de desarrollo y tomados en el mundo. La corredora de 800 metros, Caster Semenya, el campeón del mundo de salto largo Luvo Manyonga y el récord mundial de 400 metros Wayde van Niekerk vienen a la mente.

Y con el tiempo el rugby sacudió lo peor de su pasado e hizo que el juego fuera un lugar más acogedor para los jóvenes negros y las mujeres. Sudáfrica ha ganado regularmente la Copa del Mundo sub19 y la sub 20 con equipos que tienen igual número de jugadores blancos y negros. Y el equipo nacional de rugby, los Springboks, se ve muy diferente a la forma en que se veía en 1995. Algunas de sus estrellas más grandes, desde hace varios años, han sido negras.

Y en 2007 ganamos otra vez la Copa del Mundo de rugby. Fue genial, pero no fue lo mismo. Y ese entrenador ganador también fue despedido.

Gran parte de lo que estoy hablando se refiere al deporte en los niveles de élite y los mayores debates han sido sobre la equidad racial en la selección de jugadores. Pero esas conversaciones sólo tienen sentido si usted hace las preguntas más profundas sobre cómo hacer el deporte accesible para todos los sudafricanos, especialmente para los jóvenes. El derecho al juego es, después de todo, un derecho consagrado en los documentos de las Naciones Unidas. No hemos hecho tanto progreso en eso como se debería.

Ahora, menos de la mitad de las escuelas de Sudáfrica ofrecen programas deportivos a los niños. ¿Dónde y cuándo aprenderán a jugar? ¿Y qué les sucede a ellos como jóvenes como personas, no como atletas elite y si no lo son?

Después de un tiempo la gente ya no quería presenciar milagros —querían ser parte de ellos. Cuando ves a los niños

viendo un partido de fútbol sabes lo que sucede cuando lanzas una pelota al grupo. ¿Verán o jugarán? Su primer instinto es patear esa pelota

La ausencia de oportunidades deportivas es parte de una privación mayor. Como en los años del apartheid, recuerda a los jóvenes desposeídos otras brechas en sus vidas y hogares. Las escuelas donde no hay deporte son invariablemente lugares donde la matemática, la ciencia y la educación de la lengua es pobre también. Y las comunidades que no tienen lugares para jugar por lo general no tienen lugares para trabajar y buscar atención médica. Milagros como el Mundial inspiran - pero el cambio duradero en la calle requiere voluntad política. Requiere trabajo duro.

Construyendo puentes entre razas

Los sudafricanos ahora son mucho más escépticos acerca de si el éxito deportivo cambia la forma fundamental en que los negros y los blancos se ven y viven juntos. A 23 años de nuestra democracia, la idea del deporte como inspiración para cambiar nuestra forma de pensar es algo más complicada de lo que parecía en 1995.

Esto se debe a que han surgido preguntas más profundas sobre cómo vemos a los atletas negros, y esa conversación tiene sus equivalentes en el mundo de los

negocios, la academia, las artes y mucho más. Como CLR James el gran escritor caribeño sobre el deporte del cricket escribió: “La tradición británica impregnada en mí reza que cuando usted entra en el campo deportivo deja detrás los sórdidos compromisos de la vida cotidiana. Sin embargo, para lograrlo, tendríamos que despojarnos de la piel”.

Esto, hasta cierto punto, fue también el legado de Nelson Mandela y su presidencia. Lo que hizo fue apropiado para su tiempo —un período en que la propia idea de democracia estaba en riesgo— pero el proyecto democrático a más largo plazo requería algo diferente. Y puso a atletas negros notables —y doctores, abogados y líderes empresariales también— en una posición muy difícil.

Sudáfrica fue buena en la búsqueda de grandes atletas entre los desposeídos y oprimidos. Fuimos buenos en tratarlos como estrellas del deporte, no tan buenos en tratarlos como gente. Y eso siempre va a ser la parte más difícil, el mayor reto en sociedades desiguales y divididas con historias de conflicto. Muchas jóvenes estrellas negras, y no sólo en el deporte, estaban agobiadas por la sobre-representación, no sólo por tener éxito en el campo, sino en todo a su alrededor. Su éxito era para lavar todos los pecados e inequidades del pasado y el presente.

Era un peso imposible de llevar. Debido a que las estrellas deportivas eventualmente se desvanecerán y fracasarán —como deben hacerlo—. Y si los mundos a los que deben regresar son inalterados e inmutables, entonces los abucheos de la muchedumbre que se desvanecen pronto comenzarán a sonar como una burla. Esto es tan cierto de los atletas famosos como lo es de los hombres y mujeres jóvenes que reciben becas deportivas para estudiar en prestigiosas escuelas que sólo eran blancas.

Debo decir que esto no es exclusivo de Sudáfrica. Muhammad Ali regresó a Louisville Kentucky con una medalla de oro de los Juegos Olímpicos de Roma, pero sin derecho a comer en el restaurante de su elección en su propia ciudad natal.

Es posible que haya oído hablar de los atletas estadounidenses, sobre todo en el fútbol americano, que se inclinan respetuosamente sobre una rodilla durante el himno nacional previo juego. Ellos están haciendo esto para protestar contra la brutalidad policial contra los afroamericanos y, más recientemente, en respuesta a los insultos lanzados por el presidente Trump.

A estos atletas se les dice: Permanezcan en su lugar. Te tratamos bien porque puedes correr rápido, saltar alto, marcar goles y disparar cestas. No estamos interesados en quien eres y en lo que piensas. Apégate a ser una estrella, haciendo aquello que trae la gente al estadio y vende las camisas y los recuerdos. Mantén tu oscuridad contigo mismo. Y, por cierto, ¿de qué te quejas? Mira cuánto te pagamos.

Esta actitud, en la que los pueblos anteriormente oprimidos son acogidos por su excepcionalidad deportiva más que por su humanidad, siempre pondrá límites al papel que el deporte puede desempeñar en la construcción de una nueva sociedad. Si acoges a los atletas de una comunidad

desfavorecida, seguramente también debes aceptar la obligación de mejorar el difícil mundo de donde han venido.

Hay un gran riesgo al construir una nación dependiendo demasiado de cosas excepcionales y de individuos excepcionales que trascienden su desventaja. Si lo hace, corre el riesgo de evitar algunas de las conversaciones más difíciles que son la base para un cambio fundamental. Porque si bien el cambio real puede inspirarse en lo excepcional, no puede medirse de esa manera. El cambio real se mide en la medida en que se extienden los cambios más pequeños y lo bueno que se obtiene al sostenerlos.

En Sudáfrica hemos puesto en marcha muchos procesos que generan un cambio pequeño y generalizado en la vida de las personas. Pero no hemos hecho lo suficiente. Y eso tiene consecuencias. Ernest Renan, filósofo francés a finales del siglo XIX, lo escribió en su obra *What is a Nation*: “La esencia de una nación es que todos los individuos tienen cosas en común, y también que están obligados a olvidar muchas cosas”.

En este momento, en Sudáfrica, un número creciente de negros no se sienten obligados a olvidar muchas cosas. Los debates sobre la raza, el racismo y la desigualdad, especialmente en la economía, están en su punto más nítido. Curiosamente, están siendo impulsados en parte por jóvenes sudafricanos que crecieron bajo la democracia, lo que sugiere firmemente que el legado del Apartheid todavía tiene frutos amargos.

Eso no es sorprendente si se considera que el desempleo nacional se sitúa en 36,4 por ciento, pero el desempleo juvenil es actualmente superior al 67 por ciento. Sólo la mitad de los niños que entran al sistema escolar se gradúan 12 años después.

Algunas personas encuentran este debate duro, incómodo y alarmante. ¿Qué pasó con los días esperanzadores de la presidencia de Mandela? Mi propia opinión es que esto es algo bueno. Mejor hablar de ello. No va a desaparecer ahora —incluso con otra Copa del Mundo—.

¿Aprendimos algo de la Copa del Mundo que nos ayude a enfrentar mayores problemas sociales?

Aprendimos algunas cosas de la Copa del Mundo, sin duda. Que podemos organizar eventos importantes, que líderes con corazones claros e ideas poderosas pueden lograr que hagamos cosas que muestren lo mejor de nosotros. Fue algo bueno.

Pero también creo que nos dejó un poco confundidos e ingenuos sobre cómo nuestra sociedad podría ser reconstruida, hecha más justa y transformada en última instancia. Somos un país donde las personas trabajan duro, y las personas y las organizaciones —incluyendo el gobierno— han hecho grandes cosas para construir una sociedad mejor.

Pero tenemos esta tendencia de querer anunciar enormes planes para los que no estamos enteramente preparados. Recientemente nuestro ministro de Deportes anunció que construiría 100 nuevos centros deportivos en un año. Habiendo

construido unos cuantos campos de fútbol yo sabía que esto no podía hacerse. Y no fue así.

Las grandes empresas, bajo la presión de los temas de injusticia económica, anunciaron recientemente que iban a crear 1,5 millones de nuevas pasantías para los jóvenes desempleados. Habiendo cubierto muchos anuncios como estos como periodista, dije: Llámenos cuando tenga los primeros 1.000 en su lugar. Cuando los problemas son especialmente grandes y difíciles de resolver la tentación de anunciar algo dramático parece irresistible.

La adicción de Sudáfrica a los milagros ha permanecido fuerte y el deporte siempre representó un buen vehículo para eso. Le apostamos a los Juegos Olímpicos que ganó Atenas, a la Copa Mundial de 2006 que fue para Alemania y finalmente en 2010 organizamos la Copa Mundial de la FIFA 2010. Fue, por supuesto, maravilloso.

Antes, durante y después, cada tercera frase pronunciada incluía las palabras “uniendo la nación”. Y lo hizo –hasta cierto punto–. Pero las preguntas formuladas fueron mucho más críticas que en 1995.

Puesto que todo el mundo va a pagar esto con sus impuestos, ¿quién va a beneficiarse económicamente? Los

empleos se crearon en la industria de la construcción y el sector hotelero y de la hospitalidad tuvo un impulso. Pero había menos visitantes de lo esperado. Y el boom proyectado para pequeñas empresas turísticas nunca sucedió realmente. El sistema de billetes y turismo de la FIFA, que favoreció a los monopolios establecidos, se encargó de eso.

Después de la Copa del Mundo 2010 tuvimos una ola de huelgas. ¿Por qué, preguntaron algunas personas, no podríamos sostener el maravilloso espíritu que infundió la Copa del Mundo? ¿Por qué no estamos poniendo el mismo esfuerzo en la reparación de nuestros hospitales y escuelas?

Esas preguntas eran generalmente hechas por personas que nunca tuvieron que quejarse por nada en sus vidas. Una respuesta parcial llegó meses después. Se supo que 15 empresas constructoras que se habían beneficiado de los contratos del estadio –y se jactaron en voz alta de su orgullo por construir la nación– se habían confabulado para fijar los precios en niveles inmorales. Los márgenes de beneficio en dar al país mejores maestros y enfermeras no son tan atractivos.

Así que permítanme concluir:

Puedo haber dado la impresión durante la segunda parte de mi conferencia que los milagros de los años de Mandela se han desvanecido. No estoy diciendo eso en absoluto, sino tratando de hacer un punto diferente. Fuimos bendecidos con poderosos y profundos momentos de unidad nacional en un momento en el que fácilmente podríamos haber vuelto a la guerra. El uso de Nelson Mandela del deporte para dar a la nueva Sudáfrica el mejor comienzo posible fue un momento de inspiración y genio político. Produjo momentos que nunca olvidaré.

Y si las imágenes de Mandela y Francois Pienaar pierden su poder siempre hay Morgan Freeman y Matt Damon —un momento increíble inmortalizado por Hollywood—.

Pero estas imágenes y recuerdos no son tan diferentes de las imágenes que tenemos en nuestros hogares y los recuerdos que guardamos en nuestros corazones. Fotos de bodas y graduaciones, de vacaciones, primeras citas y memorables cenas familiares. Nos muestran nuestras vidas en su mejor momento. Son reales y fundamentalmente ciertas. Pero reflejan momentos en la vida; no son la vida misma con sus preguntas difíciles y problemas tercos.

Y como ustedes en Colombia emprenden su propio viaje de un pasado doloroso, como ustedes intentan abrir de par en par la ventana de sus sueños, ustedes necesitarán toda la claridad que puedan conseguir. Así que sentí que era mi obligación contarles toda la historia, al menos la historia tal como la veo.

El reto real y mucho más difícil es mantener el poder de los sueños vivos en la vida cotidiana de la gente común. Mañana les hablaré del Proyecto Dreamfields, una iniciativa de deportes en una escuela de diez años que empecé para niños en guetos urbanos y comunidades pobres rurales. Este es nuestro pequeño intento de alentar a los niños pobres y desposeídos a fortalecer su confianza a través del deporte y empezar a soñar.

Hace unos años estábamos celebrando un torneo para lanzar un nuevo campo de fútbol en una parte rural de Sudáfrica. Los mejores equipos locales de adultos estaban jugando y había congregado una gran multitud. Pero el primer partido en el programa fue una final de copa entre las dos mejores escuelas junior locales.

Observados por más aficionados de los que nunca habían jugado antes, estos chicos de 12 años jugaron el partido de

sus vidas. Y después del juego, un periodista pidió a uno de ellos que adivinara el tamaño de la multitud. 45 000 dijo sin dudarlo. Había probablemente 2 000 personas allí, pero 45 000 estaban bien. Ese era el tamaño de su sueño.

Ese pequeño muchacho nació después de la Copa Mundial de Rugby y se perdió la Copa Africana de Naciones. Sin duda, le encantaría volver a ver algo así. Pero lo que más le importa es ser parte de su propio día milagroso y memorable cuando 2.000 personas se sintieron como 45.000 y lo hicieron sentir como Cristiano Ronaldo.

Permítanme terminar citando nuevamente a Nelson Mandela: “El deporte tiene el poder de cambiar el mundo”, dijo. “Tiene el poder de inspirar”.

De hecho, lo hace. Y puede. Puede hacerlo si tomamos las medidas diarias difíciles pero necesarias para hacer que el deporte sea accesible a nuestros jóvenes de una manera sostenible y digna. Puede, si entendemos que los milagros son un momento, pero el cambio requiere un movimiento.

Si hacemos esas cosas, los pequeños milagros que importan empezarán a suceder. Y entonces habremos puesto realmente a trabajar el poder inspirador del deporte.

Gracias... Gracias.